

rocaeditorial

Criminal

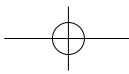


MICHAEL CONNELLY

ECHO PARK



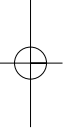
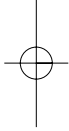
«Como el whisky añejo, el íntegro y sufrido detective Harry Bosch sólo mejora con la edad. El crimen es siempre no leer a Michael Connelly.» Antonio Lozano, *Qué Leer*



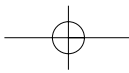
Echo Park

Michael Connelly

Traducción de Javier Guerrero



Rocaeditorial



Título original: *Echo Park*
© 2007 by Michael Connelly
Edición publicada bajo acuerdo con Little Brown and Company,
Nueva York, EEUU. Todos los derechos reservados

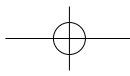
Primera edición: febrero de 2008

© de la traducción: Javier Guerrero
© de esta edición: Roca Editorial de Libros, S.L.
Marquès de l'Argentera, 17. Pral. 1.^a
08003 Barcelona
correo@rocaeditorial.com
www.rocaeditorial.com

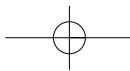
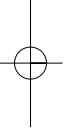
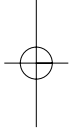
Impreso por Brosmac, S.L.
Carretera Villaviciosa - Móstoles, km 1
Villaviciosa de Odón (Madrid)

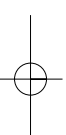
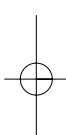
ISBN: 978-84-96791-60-2
Depósito legal: M. 55.402-2007

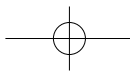
Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito de la editorial.



Dedicado a Jane Wood, que mantiene
a Harry Bosch bien alimentado y cerca del
corazón. Muchas, muchas gracias.

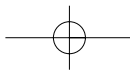
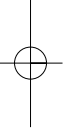
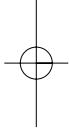


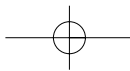
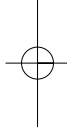
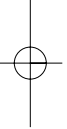




HIGH TOWER

1993





Era el coche que habían estado buscando. Faltaba la placa de matrícula, pero Harry Bosch no tenía ninguna duda: un Honda Accord de 1987, con la pintura granate descolorida por el sol. Lo habían puesto al día en 1992 con la pegatina verde de la campaña Clinton en el parachoques, y ahora incluso eso estaba descolorido. El adhesivo lo fabricaron con tinta barata cuando aún faltaba tiempo para las elecciones, sin intención de que durara. Estaba aparcado en un garaje de una plaza tan estrecho que Bosch se preguntó cómo se las habría arreglado el conductor para salir. Sabía que tendría que decirle al equipo de investigación forense que pusiera especial atención al buscar huellas en el exterior del coche y en la pared interior del garaje. La gente del departamento se enfurecería por el comentario, pero si se callaba, se quedaría preocupado.

El garaje tenía una puerta basculante con tirador de aluminio. No era un buen material para obtener huellas, y Bosch se lo indicaría también a los forenses.

—¿Quién lo encontró? —preguntó a los agentes de patrulla.

Acababan de colocar la cinta amarilla en la entrada del callejón, que estaba formado por dos filas de garajes individuales a ambos lados de la calle, así como en la entrada del complejo de apartamentos High Tower.

—El casero —replicó el agente de más edad—. El garaje pertenece a un apartamento que está desocupado, así que debería estar vacío. Hace un par de días lo abre porque ha de guardar muebles y trastos y ve el coche. Piensa que quizás es de alguien que está visitando a un inquilino, así que deja pasar unos días, pero al ver que el coche sigue allí empieza a preguntar a los re-

MICHAEL CONNELLY

sidentes. Nadie conoce el coche, nadie sabe de quién es. Así que nos llama porque empieza a pensar que podría ser robado, dado que faltan las placas de matrícula. Mi compañero y yo teníamos la orden de búsqueda de Gesto en la visera del coche patrulla. En cuanto llegamos aquí lo entendimos enseguida.

Bosch asintió con la cabeza y se acercó al garaje. Respiró profundamente por la nariz. Marie Gesto llevaba diez días desaparecida. Si estaba en el maletero, lo sabría por el olor. Su compañero Jerry Edgar se unió a él.

—¿Algo? —preguntó.

—No lo creo.

—Bien.

—¿Bien?

—No me gustan los casos de maletero.

—Al menos tendríamos a la víctima para trabajar.

Era sólo parloteo mientras Bosch escrutaba el coche, buscando algo que pudiera ayudarles. Al no ver nada, sacó un par de guantes de látex del bolsillo del abrigo, los sopló como globos para extender la goma y se los puso. Levantó los brazos como un cirujano que accede a una sala de operaciones y se colocó de lado para entrar en el garaje y acercarse a la puerta del conductor sin tocar ni alterar nada.

Bosch se adentró en la oscuridad de la cochera. Se apartó unas telarañas de la cara. Volvió a salir y preguntó al agente de patrulla si podía prestarle la linterna Maglite que éste llevaba en el cinturón. De nuevo en el garaje, la encendió y enfocó el haz de luz a las ventanas del Honda. Lo primero que inspeccionó fue el asiento de atrás, donde vio las botas de montar y el casco. Había una bolsa pequeña de plástico junto a las botas con el logo del supermercado Mayfair. No tenía forma de saber lo que había en la bolsa, pero comprendió que eso abría una vía de investigación en la cual no habían pensado antes.

Siguió avanzando. En el asiento del pasajero se fijó en una pequeña pila de ropa bien doblada encima de un par de zapatillas de correr. Reconoció los tejanos y la camiseta de manga larga: era la ropa que vestía Marie Gesto la última vez que la vieron unos testigos, mientras se dirigía a Beachwood Canyon para montar a caballo. Encima de la camiseta había unos calcetines

cuidadosamente doblados, unas bragas y un sujetador. Bosch sintió el golpe seco del terror en el pecho. No porque tomara la ropa como confirmación de que Marie Gesto estaba muerta —instintivamente ya lo sabía; todo el mundo lo sabía, incluso los padres, que aparecieron en televisión rogando por el regreso de su hija sana y salva. Era la razón por la que el caso, originalmente de Personas Desaparecidas, se había reasignado a Homicidios de Hollywood—: fue la ropa lo que impresionó a Bosch. La forma en que estaba tan meticulosamente doblada. ¿Lo hizo ella? ¿O lo había hecho quien se la había llevado de este mundo? Lo que siempre le inquietaba, lo que llenaba de terror su vacío interior, eran los detalles.

Después de examinar el resto del vehículo a través del cristal, Bosch salió del garaje con cuidado de no tocar nada.

—¿Hay algo? —preguntó de nuevo Edgar.

—La ropa. El equipo de montar. Quizás algo de comida. Hay un Mayfair debajo de Beachwood. Puede que pasara de camino a los establos.

Edgar asintió con la cabeza. Una nueva pista a investigar, un lugar donde buscar testigos.

Bosch salió de debajo de la puerta levantada y observó los apartamentos High Tower. Era un lugar único en Hollywood, un complejo de viviendas construidas en el granito de las colinas, detrás del Hollywood Bowl. Eran de estilo *streamline* y todas estaban conectadas al centro por la esbelta estructura que albergaba el ascensor: la torre que daba nombre a la calle y al complejo. Bosch había vivido una temporada en ese barrio, de niño. Desde su casa, cerca de Camrose, oía las orquestas que ensayaban en el Hollywood Bowl en los días de verano. Desde el tejado se contemplaban los fuegos artificiales del Cuatro de Julio y del final de la temporada. De noche había visto luz tras las ventanas de los apartamentos High Tower. Había visto pasar el ascensor por delante de ellas al subir para dejar a otra persona en su casa. De niño había pensado que vivir en un lugar donde un ascensor te dejaba en casa tenía que ser el *súmmum* del lujo.

—¿Dónde está el gerente? —le preguntó al agente de patrulla con dos galones en las mangas.

MICHAEL CONNELLY

—Ha vuelto a subir. Ha dicho que cojan el ascensor hasta el final y que su casa es la primera al otro lado del pasillo.

—Vale, vamos arriba. Espere aquí al equipo de Forense y a la grúa. No deje que los de la grúa toquen el coche hasta que la gente de Forense eche un vistazo.

—Claro.

El ascensor de la torre era un pequeño cubo que rebotó con el peso de los detectives cuando Edgar abrió la puerta corredera y entraron. La puerta se cerró automáticamente y tuvieron que deslizar asimismo una puerta interior de seguridad. Sólo había dos botones, 1 y 2. Bosch pulsó el 2 y la cabina inició el ascenso dando una sacudida. Era un espacio reducido, con capacidad para cuatro personas a lo sumo antes de que la gente tuviera que empezar a degustar el aliento del vecino.

—¿Sabes qué? —dijo Edgar—. Aquí nadie tiene piano, eso seguro.

—Brillante deducción, Watson —dijo Bosch.

12 En el nivel superior abrieron las puertas y salieron a una pasarela de hormigón que estaba suspendida entre la torre y los apartamentos construidos en la ladera. Bosch se volvió y admiró una vista que, más allá de la torre, abarcaba casi todo Hollywood y regalaba la brisa de la montaña. Levantó la mirada y vio un gavilán colirrojo encima de la torre, como si los estuviera observando.

—Vamos —dijo Edgar.

Al volverse, Bosch vio que su compañero señalaba un corto tramo de escaleras que conducía a las puertas del apartamento. Vieron un cartel que ponía GERENTE debajo de un timbre. Antes de que llegaran, un hombre delgado y de barba blanca abrió la puerta. Se presentó como Milano Kay, el gerente del complejo de apartamentos. Bosch y Edgar mostraron sus placas y le preguntaron si podían ver el piso vacante al cual estaba asignado el garaje con el Honda. Kay los acompañó.

Volvieron a pasar junto a la torre y enfilaron otra pasarela que conducía a un apartamento. Kay introdujo una llave en la cerradura de la puerta.

—Conozco este sitio —dijo Edgar—. Este complejo y el ascensor. Han salido en el cine, ¿no?

—Sí —dijo Kay—. A lo largo de los años.

Bosch pensó que era normal. Un lugar tan especial no podía pasar desapercibido a la industria local.

Kay abrió la puerta e hizo una señal a Bosch y Edgar para que entraran primero. El apartamento era pequeño y estaba vacío. Constaba de una sala de estar, cocina con un pequeño espacio para comer y un dormitorio con cuarto de baño en suite. No tenía ni cuarenta metros cuadrados, y Bosch sabía que con muebles parecería todavía más pequeño. Pero la clave era la vista. Una pared curvada de ventanas ofrecía la misma vista de Hollywood que se contemplaba desde la pasarela de la torre. Una puerta de cristal conducía a un balcón que seguía la forma curva. Bosch salió y contempló la panorámica que se extendía desde allí. Vio las torres del centro de la ciudad a través de la niebla. Sabía que la vista sería mejor de noche.

—¿Cuánto tiempo lleva vacío este apartamento? —preguntó.

—Cinco semanas —respondió Kay.

—No he visto ningún cartel de SE ALQUILA.

Bosch miró el callejón y vio a dos agentes de patrulla que esperaban a los de Forense y al camión grúa del garaje de la policía. Estaban uno a cada lado del coche patrulla, apoyados en el capó y dándose la espalda. No parecían una pareja bien avenida.

—No me hace falta poner carteles —dijo Kay—. Normalmente se corre la voz de que tenemos una vacante. Hay mucha gente que quiere vivir aquí; es una curiosidad de Hollywood. Además, tenía que prepararlo, repintar y hacer pequeñas reparaciones. No tenía prisa.

—¿Cuánto es el alquiler? —preguntó Edgar.

—Mil al mes.

Edgar silbó. A Bosch también le pareció caro. Pero sabía que alguien estaría dispuesto a pagarlo por la vista.

—¿Quién podía saber que el garaje de allí abajo estaba vacío? —preguntó, volviendo a lo que les ocupaba.

—Bastante gente. Los residentes, por supuesto, y en las últimas semanas he mostrado el apartamento a varias personas interesadas. Normalmente les enseño el garaje. Cuando me voy

MICHAEL CONNELLY

de vacaciones hay un inquilino que echa un vistazo a las cosas. Él también enseñó el apartamento.

—¿El garaje se quedó sin cerrar con llave?

—No se cierra. No hay nada que robar. Cuando llega el nuevo inquilino puede poner un candado si quiere. Lo dejo a su criterio, aunque siempre lo recomiendo.

—¿Mantiene algún registro de a quién mostró el apartamento?

—La verdad es que no. Puede que conserve algunos números de teléfono, pero no tiene sentido guardar el nombre de nadie a no ser que lo alquile. Y como ven, no lo he hecho.

Bosch asintió con la cabeza. Iba a ser un camino difícil de seguir. Mucha gente sabía que el garaje estaba vacío, sin cerrar con llave y disponible.

—¿Y el anterior inquilino? —preguntó—. ¿Qué pasó con él?

—De hecho, era una mujer —dijo Kay—. Vivió aquí cinco años, tratando de hacerse actriz. Finalmente se rindió y volvió a su casa.

—Es una ciudad dura. ¿De dónde era?

—Le mandé la devolución del depósito a Austin, Texas.

Bosch asintió.

—¿Vivía aquí sola?

—Tenía un novio que la visitaba y se quedaba a menudo, pero creo que esa historia terminó antes de que ella se fuera.

—Necesitaremos que nos dé esa dirección de Texas.

El encargado asintió con la cabeza.

—Los agentes dicen que el coche pertenecía a una chica desaparecida —dijo.

—Una mujer joven —explicó Bosch.

Buscó en un bolsillo interior de la chaqueta y sacó una fotografía de Marie Gesto. Se la mostró a Kay y le preguntó si la reconocía como alguien que podía haber visto el apartamento. El casero dijo que no la reconocía.

—¿Ni siquiera de la tele? —preguntó Edgar—. Lleva diez días desaparecida y ha salido en las noticias.

—No tengo tele, detective —dijo Kay.

Sin televisor. En Los Ángeles eso lo clasificaba como libre-pensador, pensó Bosch.

—También ha salido en los periódicos —probó Edgar.

—Leo los diarios de vez en cuando —dijo Kay—. Los cojo de las papeleras de abajo, y normalmente son viejos cuando los hojeo. Pero no he visto ningún artículo sobre ella.

—Desapareció hace diez días —explicó Bosch—, el jueves día 9. ¿Recuerda algo de entonces? ¿Algo inusual?

Kay negó con la cabeza.

—Yo no estaba aquí. Estaba de vacaciones en Italia.

Bosch sonrió.

—Me encanta Italia. ¿Adónde fue?

El rostro de Kay se iluminó.

—Fui al lago de Como y luego a un pueblo de la colina llamado Asolo. Robert Browning vivió allí.

Bosch asintió con la cabeza como si conociera los sitios que había mencionado y quién era Robert Browning.

—Tenemos compañía —dijo Edgar.

Bosch siguió la mirada de su compañero hasta el callejón. Una furgoneta de televisión con una antena parabólica encima y un gran número 9 pintado en un lateral había aparcado junto a la cinta amarilla. Uno de los agentes de patrulla caminaba hacia ella.

Harry volvió a dirigirse al casero.

—Señor Kay, tendremos que volver a hablar en otro momento. Si es posible, mire qué números o nombres puede encontrar de gente que haya visitado el apartamento o que haya llamado interesándose. También necesitaremos hablar con la persona que controló las cosas cuando usted estuvo en Italia y que nos dé el nombre y la dirección de la antigua inquilina que se trasladó a Texas.

—No hay problema.

—Y vamos a necesitar hablar con el resto de inquilinos para ver si alguien vio cómo dejaban el coche en el garaje. Trataremos de no ser entrometidos.

—No hay problema con eso. Veré qué números de teléfono puedo encontrar.

Salieron del apartamento y Kay los acompañó al ascensor. Se despidieron del gerente. La cabina de acero dio bandazos otra vez antes de empezar a descender con más suavidad.

MICHAEL CONNELLY

—Harry, no sabía que te gustara Italia —dijo Edgar.

—No he estado nunca.

Edgar asintió con la cabeza, dándose cuenta de que había sido una táctica para hacer hablar a Kay y obtener información de coartada.

—¿Estás pensando en él? —preguntó.

—No. Sólo contemplo todas las posibilidades. Además, si fue él, ¿por qué poner el coche en el garaje de su propia casa? ¿Por qué llamar?

—Sí. Pero quizás es lo bastante listo para saber que pensaríamos que es lo bastante listo para no hacer eso, ¿entiendes? A lo mejor es más listo que nosotros, Harry. Quizá la chica fue a ver el apartamento y las cosas se torcieron. Oculta el cadáver, pero sabe que no puede mover el coche porque podría pararle la policía. Así que espera diez días y llama como si pensara que podría ser robado.

—Entonces quizá deberías verificar su coartada italiana, Watson.

—¿Por qué yo soy Watson? ¿Por qué no puedo ser Holmes?

—Porque Watson es el que habla demasiado.

—¿Qué te preocupa, Harry?

Bosch pensó en la ropa cuidadosamente doblada en el asiento delantero del Honda. Sintió de nuevo esa presión en las entrañas, como si su cuerpo estuviera atado y estuvieran tensando la cuerda por detrás.

—Lo que me preocupa es que tengo un mal presagio.

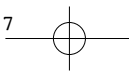
—¿Qué clase de mal presagio?

—El presagio de que nunca la encontraremos. Y si no la encontramos a ella, no lo encontraremos a él.

—¿Al asesino?

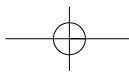
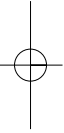
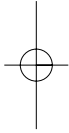
El ascensor se detuvo con un sobresalto, rebotó una vez y se quedó inmóvil. Bosch abrió las puertas. Al final del corto túnel que conducía al callejón y los garajes vio a una mujer que sostenía un micrófono y a un hombre que los esperaba cámara en mano.

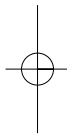
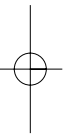
—Sí —dijo—. Al asesino.



PRIMERA PARTE

El asesino





1

La llamada se recibió cuando Harry Bosch y su compañera, Kiz Rider, estaban sentados ante sus escritorios en la unidad de Casos Abiertos, terminando con el papeleo de la acusación de Matarese. El día anterior habían pasado seis horas en una sala con Victor Matarese, interrogándolo acerca del asesinato en 1996 de una prostituta llamada Charisse Witherspoon. El ADN extraído del semen hallado en la garganta de la víctima y conservado durante diez años coincidía con el de Matarese, cuyo perfil genético había sido almacenado por el departamento de Justicia en 2002, después de una condena por violación. Pasaron otros cuatro años hasta que Bosch y Rider reabrieron el caso Witherspoon, sacaron el ADN y lo enviaron al laboratorio del estado para una búsqueda a ciegas.

Era un caso inicialmente cimentado en el laboratorio. Pero como Charisse Witherspoon había sido una prostituta activa, la coincidencia de ADN no garantizaba la condena. Éste podría haber pertenecido a cualquiera que hubiera estado con ella antes de que apareciera el asesino y la golpeará repetidamente en la cabeza con un palo.

Así pues, el caso no se reducía a la ciencia. La clave era la sala de interrogatorios y lo que pudieran sacarle a Matarese. A las ocho de la mañana lo despertaron en el centro de reinserción social donde estaba ingresado a raíz de su libertad condicional en el caso de violación y lo llevaron al Parker Center. Las primeras cinco horas en la sala de interrogatorios fueron extenuantes. En la sexta, Matarese finalmente se quebró y lo reconoció todo, admitiendo haber matado a Witherspoon y añadiendo otras tres víctimas, todas ellas prostitutas a las que había

MICHAEL CONNELLY

matado en el sur de Florida, antes de trasladarse a Los Ángeles.

Cuando Bosch oyó que lo llamaban por la línea uno pensó que sería una respuesta desde Miami. No lo era.

—Bosch —dijo al descolgar el teléfono.

—Freddy Olivas. Homicidios, división del noreste. Estoy en Archivos, buscando un expediente que dicen que usted ya ha firmado.

Bosch se quedó un momento en silencio mientras vaciaba la mente del caso Matarese. No conocía a Olivas, pero el nombre le resultaba familiar. Simplemente no conseguía situarlo. Por lo que a firmar informes respectaba, su trabajo consistía en revisar viejos casos y buscar formas de utilizar los avances de la ciencia forense para resolverlos. En un momento cualquiera, él y Rider podían tener hasta veinticinco casos de Archivos.

—He sacado muchos casos de Archivos —dijo Bosch—, ¿de cuál estamos hablando?

—Gesto. Marie Gesto. Es un caso del año noventa y tres.

20

Bosch no respondió enseguida. Sintió un nudo en el estómago. Siempre le ocurría cuando pensaba en Gesto, incluso trece años después. En su mente, siempre surgía la imagen de aquellas prendas tan cuidadosamente dobladas en el asiento delantero del coche de la víctima.

—Sí. Tengo el expediente. ¿Qué ocurre?

Se fijó en que Rider levantaba la mirada de su trabajo al registrar el cambio en su tono de voz. Sus escritorios estaban tras una mampara y colocados uno frente a otro, de manera que Bosch y Rider se veían las caras mientras trabajaban.

—Es un asunto delicado —dijo Olivas—. Información privilegiada. Está relacionado con un caso en curso y el fiscal quiere revisar el expediente. ¿Puedo pasarme por ahí a recogerlo?

—¿Tiene un sospechoso, Olivas?

Olivas no respondió de inmediato y Bosch arremetió con otra pregunta.

—¿Quién es el fiscal?

Tampoco hubo respuesta. Bosch decidió no rendirse.

—Mire, el caso está activo, Olivas. Lo estoy trabajando y tengo un sospechoso. Si quiere hablar conmigo, hablaremos. Si

tienen algo en marcha, yo participo. De lo contrario, estoy ocupado y le deseo que pase un buen día, ¿de acuerdo?

Bosch estaba a punto de colgar cuando Olivas habló finalmente. El tono amistoso había desaparecido.

—Mire, deje que haga una llamada, campeón. Le llamaré enseguida.

Colgó sin decir adiós. Bosch miró a Rider.

—Marie Gesto —dijo—. La fiscalía quiere el expediente.

—Ése era tu caso. ¿Quién llamaba?

—Un tipo de noreste, Freddy Olivas. ¿Lo conoces?

Rider asintió con la cabeza.

—No lo conozco, pero he oído hablar de él. Es el detective del caso Raynard Waits, ya sabes cuál.

Bosch situó el nombre. El caso Waits era sonado, y Olivas probablemente lo veía como un billete de ascenso. El departamento de Policía de Los Ángeles estaba compuesto por diecinueve divisiones geográficas, cada una con su comisaría y su propia oficina de detectives. Las unidades de Homicidios divisionales trabajaban los casos menos complicados y eran vistas como trampolines a las brigadas de élite de la división de Robos y Homicidios, que operaba desde el cuartel general de la policía en el Parker Center. Allí estaba el estrellato. Y una de esas brigadas era la unidad de Casos Abiertos. Bosch sabía que si el interés de Olivas en el expediente Gesto estaba relacionado con el caso Waits, aunque sólo fuera remotamente, guardaría con celo su posición a fin de evitar una invasión de Robos y Homicidios.

—¿No dijo qué tenía en marcha? —preguntó Rider.

—Todavía no. Pero algo hay. Si no, ni siquiera me habría dicho con qué fiscal está trabajando.

—Rick O'Shea lleva el caso Waits. No creo que Olivas tenga nada más en marcha. Acaban de terminar con el preliminar y van de cabeza al juicio.

Bosch se mantuvo en silencio y consideró las posibilidades. Richard O'Shea dirigía la sección de acusaciones especiales de la oficina del fiscal. Era una celebridad e iba en camino de hacerse aún más famoso. Formaba parte de un ramillete de fiscales y abogados externos que presentaban su candidatura al cargo de fiscal del distrito, después de que éste anunciara en primavera

MICHAEL CONNELLY

que había decidido no presentarse a la reelección. O'Shea había superado las primarias con el máximo número de votos, pero estaba lejos de una mayoría. La carrera se acercaba a la última recta muy apretada; no obstante, O'Shea todavía se aferraba a la calle interior. Contaba con el respaldo del fiscal saliente, conocía la oficina de arriba abajo y gozaba de un envidiable historial como fiscal que había ganado casos importantes, un atributo al parecer raro en la última década en la fiscalía. Su oponente se llamaba Gabriel Williams. Era un intruso que, si bien tenía credenciales como antiguo fiscal, había pasado las últimas dos décadas en el ámbito privado, sobre todo concentrándose en casos de derechos civiles. Era negro, mientras que O'Shea era blanco. Se presentaba con la promesa de controlar y reformar las prácticas de los distintos cuerpos policiales del condado. Pese a que miembros del equipo de O'Shea se esforzaban en ridiculizar la plataforma y la capacidad de Williams para ocupar el puesto más alto de la fiscalía, las encuestas dejaban claro que su posición de personaje externo y su programa de reforma estaban cuajando. La distancia se estaba acortando.

22

Bosch conocía lo que estaba ocurriendo en la campaña Williams-O'Shea, porque había estado siguiendo las elecciones locales con un interés que nunca antes había sentido. En una carrera apretada para una concejalía, él apoyaba a un candidato llamado Martin Maizel. Maizel se presentaba a su tercer mandato y representaba a un distrito occidental alejado del lugar de residencia de Bosch. En general, se le veía como un político consumado que hacía promesas a escondidas y que estaba controlado por grandes intereses económicos en detrimento de su propio distrito. No obstante, Bosch había contribuido generosamente a su campaña y esperaba asistir a su reelección. El oponente de Maizel era un antiguo subdirector de la policía llamado Irvin R. Irving, y Bosch estaba dispuesto a hacer todo lo que estuviera en su mano por verlo derrotado. Como Gabriel Williams, Irving prometía reforma y el objetivo de sus discursos de campaña era siempre el departamento de Policía de Los Ángeles. Bosch había chocado con Irving en numerosas ocasiones cuando éste servía en el departamento. No quería verlo sentado en el ayuntamiento.

Bosch se había mantenido al corriente de otras disputas,

además de la lucha entre Maizel e Irving, gracias a los artículos electorales y los resúmenes que se publicaban casi a diario en el *Times*. Lo sabía todo sobre la pugna en la que estaba implicado O'Shea. El fiscal trataba de cimentar su candidatura con anuncios sonados y casos concebidos para mostrar el valor de su experiencia. Un mes antes había colocado la vista preliminar del caso Raynard Waits en los titulares y los principales informativos. Éste, acusado de doble asesinato, fue parado en Echo Park en un control de automóviles a última hora de la noche. Los agentes vieron en el suelo de su furgoneta bolsas de basura de las cuales goteaba sangre. Si alguna vez hubo un caso seguro y de impacto garantizado para que un candidato a fiscal lo usara para captar la atención de los medios, ése parecía ser el caso del asesinato de las bolsas de Echo Park.

El problema era que los titulares estaban en activo en ese momento. Waits iba a ser llevado a juicio al final de la vista preliminar. Puesto que se trataba de un caso de pena de muerte, para ese juicio, y la renovación de titulares consecuente, faltaban todavía meses. La vista se celebraría mucho después de las elecciones. O'Shea necesitaba captar titulares y mantener el impulso. Bosch no pudo evitar preguntarse qué pretendía hacer el candidato con el caso Gesto.

—¿Crees que Gesto puede estar relacionada con Waits? —preguntó Rider.

—Ese nombre no surgió nunca en el noventa y tres —dijo Bosch—. Ni tampoco Echo Park.

Sonó el teléfono, y Bosch lo cogió enseguida.

—Casos Abiertos. Habla el detective Bosch, ¿en qué puedo ayudarle?

—Olivas. Traiga el archivo a la planta dieciséis a las once en punto. Le esperará Richard O'Shea. Está dentro, campeón.

—Allí estaremos.

—Espere un momento: ¿qué es eso de estaremos? He dicho usted, usted estará allí con el expediente.

—Tengo una compañera, Olivas. Iré con ella.

Bosch colgó sin decir adiós. Miró a Rider.

—Empezamos a las once.

—¿Y Matarese?

MICHAEL CONNELLY

—Ya veremos.

Pensó en la situación por un momento, luego se levantó y se acercó al armario cerrado que había detrás de su escritorio. Sacó el expediente Gesto y volvió a colocarlo en su sitio. Desde que el año anterior había vuelto al trabajo tras su retiro, había sacado el expediente de Archivos en tres ocasiones diferentes. Cada vez lo había leído a conciencia, había hecho algunas llamadas y visitas y había hablado con algunos de los individuos que habían surgido en la investigación trece años antes. Rider conocía el caso y lo que significaba para Bosch. Le daba espacio para que trabajara en él cuando no había nada más apremiante.

Pero el esfuerzo no dio frutos. No había ADN, ni huellas, ni indicios sobre el paradero de Gesto —aunque a él no le cabía duda de que estaba muerta— ni tampoco ninguna pista sólida de su captor. Bosch había insistido repetidamente en el único hombre que había estado más cerca de ser un sospechoso, pero no había llegado a ninguna parte. Era capaz de trazar los pasos de Marie Gesto desde su apartamento al supermercado, pero no más allá. Tenía su coche en el garaje de los apartamentos High Tower, pero no podía llegar a la persona que lo había aparcado allí.

Bosch contaba con muchos casos sin resolver en su historial —no se pueden resolver todos y cualquier detective de Homicidios lo admite—, pero el caso Gesto era uno de los que tenía atravesados. Cada vez que trabajaba en él durante más o menos una semana, se topaba con un callejón sin salida y devolvía el expediente a Archivos, pensando que había hecho todo lo que se podía hacer. Pero la absolución sólo duraba unos pocos meses y al cabo allí estaba otra vez rellenando el formulario de salida en el mostrador. No iba a rendirse.

—Bosch —le llamó otro de los detectives—. Miami en la dos.

Bosch ni siquiera había oído sonar el teléfono en la sala de brigada.

—Yo lo cogeré —dijo Rider—. Tienes la cabeza en otro sitio.

Rider levantó el teléfono y Bosch abrió una vez más el expediente Gesto.